

## ¡Caída al vacío!... un llamamiento a la esperanza

Once de septiembre. Bocas entreabiertas, ceños fruncidos y horripilante sensaciones estremecieron millones de vidas. No se podía creer. Las amenazas de las películas de ficción fueron dilapidadas y dantescammente superadas por la realidad. Inmediatamente surgieron recuerdos desoladores de la historia humana marcados por la confrontación, la muerte y la sed de venganza. Ingenuos de nosotros al pensar que atrocidades pretéritas no se repetirían o ilusos si creíamos que no se siguen cometiendo y que lo de Nueva York no es ni más ni menos que otro ataque de la sinrazón humana tan patentado por los hombres y mujeres a lo largo de la historia. Ejemplos hay de sobra.

Es tiempo de reflexión. Se habla mucho y con énfasis en un inminente enfrentamiento de civilizaciones entre el islamismo y el mundo judeo-cristiano. La guerra parece ser la solución, una guerra “larga y sucia” que se denominó en principio “Justicia Infinita”. ¿Desde cuándo una guerra es justa?, ¿Es éste el mensaje que queremos que nuestros hijos y alumnos aprendan?. El ojo por ojo...

La educación sigue perpetuando fallos imperdonables, sigue ofreciendo un menú rico en competitividad, en tecnócratas y en reproducir taxonomías sociales. Educar en y para la ciudadanía no vende o no es rentable. Los imperativos para lograr el desarrollo no contemplan la apuesta humanista entre sus prioridades. La era de la globalización es sólo parcela de los ámbitos económicos y de los intercambios monetarios. La educación no precisa globalizarse, no necesita establecer unos criterios básicos y consensuados que antepongan la dignidad de las personas y el respeto a los derechos humanos. Eso, parece ser, es terciario.

No rendirse. Aquellos que consideran que la educación no está concebida para engendrar rencores, estimular odios y dividir culturas, no pueden permanecer impávidos. En escuelas y hogares deben “respirarse” verdaderos compromisos hacia un mundo en el que no existan los otros, en donde las políticas educativas se comprometan con el desarrollo humano en un mundo que no es una simple suma de partes sino un todo interrelacionado.

La Esperanza, motor de ilusiones, es hoy esa hada madrina que permanece somnolienta a expensas de que seamos capaces de despertarla. Educadores, padres y maestros, tienen que intentar construir ese edificio de “Libertades Duraderas”, donde todos tienen cabida y en donde los valores humanos son los pilares más consistentes. Toda construcción empieza con la primera piedra, creámonoslo...■